

¿MALOS CATOLICOS ESPAÑOLES?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

Yo no estoy nada seguro de que nuestros obispos —hablo de la mayoría de ellos— hayan aceptado las legítimas exigencias del mundo actual. Parece que siguen todavía con la táctica de la cauta espera y de la alianza con lo que avanza sólo cuando este avance es corto, y —en compensación de su concesión al insuficiente progreso que esto supone— sólo si consiguen una situación beneficiosa para su organización eclesial, o siguen pretendiendo un dominio que se les acabará pronto.

Y así —por esta falta de perspectiva—, casi siempre se encuentran en *off-side*.

La gente lee noticias, pero estamos a veces tan mal informados que el pueblo no sabe qué hay detrás de ellas, y las pasa por eso sin darles mayor importancia. Esto es lo que ha ocurrido con la última reunión de la Comisión Permanente del episcopado. Se había preparado por especialistas —entre ellos algún prelado más comprometido con nuestro tiempo— un documento que sirviera a nuestros obispos para ilustración acerca de la situación política, económica y social de España, y preparar un trabajo definitivo acerca de ello, previendo las perspectivas de futuro.

Ayudaba este estudio a nuestros obispos a poner los pies en el suelo y no a vivir a espaldas de la realidad española, sino conocerla claramente, por más que no les gustase o no les fuese tan propicia como ellos quisieran. Lo más importante para ellos era poder deducir de este análisis desapasionado las líneas de futuro que muy probablemente se avecinan y prepararse a ellas, rectificando lo mucho que en sus posturas pastorales deben rectificar.

Pero no, la **Permanente** del episcopado ha recusado este estudio —que he conocido por un obispo español que me hizo grandes alabanzas de él por su realismo y sinceridad—. Y prefieren, estos obispos nuestros, adoptar el criterio de la cautela, de los términos medios y —al final— me parece que el de esconder la cabeza debajo del ala. La prensa ha informado hace unos días de esta decisión, en mi opinión claramente desacertada, y que rebaja todavía más el crédito decreciente que tiene ante el país gran parte de nuestro episcopado. Por esa causa, cada vez se les hace menos caso y se tienen menos en cuenta sus decisiones, comentarios y orientaciones; y, por el camino que va, esto aumentará aceleradamente en los meses próximos.

La otra reacción desfasada es la producida, con motivo del ineficaz documen-

to de la Santa Sede acerca de algunas cuestiones de ética sexual, en la nota publicada por la **Comisión Permanente** del episcopado. Cuando la opinión de casi todos los católicos del mundo entero ha sido desfavorable, a juzgar por la prensa extranjera; cuando un grupo de 44 teólogos franceses de la más alta autoridad han criticado profundamente la Declaración vaticana sobre sexualidad; cuando algunos significados obispos extranjeros han confesado que podía haberse escrito de otro modo, nuestros prelados la aceptan indiscriminadamente, en cuanto al fondo y a la forma, sin atención a lo que nuestro país piensa ni a las necesidades concretas de los españoles en la hora actual.

No se dan cuenta de que no todo es malo en la evolución de nuestras costumbres. Y hoy existe mucha más sinceridad en la actitud sexual de los españoles, y especialmente de la juventud. Y que "se podría desear legítimamente que el problema hubiese sido abordado de otro modo, o sea, por una vía más psicológica", como dice el cardenal Renard, arzobispo de Lyon. O como afirma el arzobispo de Marsella, presidente de la Conferencia Episcopal francesa, que "aborda a un joven con un arsenal de leyes es hacerle creer que tiene que adoptar necesariamente la rigidez de los fariseos". El cardenal Marty, por su parte, dijo asimismo, ante las preguntas que le hicieron los periodistas sobre esta **Declaración** vaticana acerca de la ética sexual, que "el Documento de Roma es del estilo que tienen las barreras".

Ante todo ello, me pregunto: ¿son unos malos católicos esos conocidos obispos que no reciben ciegamente las instrucciones romanas? ¿Resultan ser unos católicos dudosos esos 44 prominentes teólogos que las critican a pesar de tener las más altas responsabilidades intelectuales en la Iglesia francesa, y siendo mantenidos en sus puestos por sus obispos?

Porque es un hecho que públicamente estos pensadores católicos no están de acuerdo con Roma, a pesar de sus cargos oficiales en la Iglesia y de su condición eclesial. Achacan estos teólogos a la Declaración vaticana "su carácter legalista, con referencias a filosofías superadas, con un abusivo autoritarismo..., y que además tiene el riesgo de presentar una Iglesia incapaz de hablar de la sexualidad, nada más que bajo el signo del temor y de la culpabilidad". Estos indudables católicos, que siguen pacientemente soportando los desaciertos romanos sin por eso callarse, han "in-

vitado a los cristianos a una serena reflexión y a un **amplio y libre debate**". Claramente invitan a una confrontación pública, sincera y crítica, de este Documento sobre la sexualidad, sin más cortapisas que la serenidad para escucharnos mutuamente, sin acudir a anatemas.

No como nuestros obispos —ahí está la dura nota de la **Comisión Permanente** del episcopado—, que querrían hacer callar a los muchos que discutimos este Documento, publicado y escrito por las oficinas vaticanas, como si por ello —por seguir este deber de conciencia— no fuésemos ya cristianos.

No opinan de este modo ni los teólogos más actuales, ni tampoco muchos de los obispos que dirigen a los fieles católicos en otros países.

Las actitudes y posturas de un grupo de obispos, o las de un documento romano, como el que aquí tratamos, que no viene directamente del Papa, no son todavía una encíclica pontificia ni tienen su autoridad. Y, sin embargo, hablando en octubre de 1968 los obispos escandinavos de la criticada encíclica de Pablo VI **Humanae Vitae**, les ilustraban a sus fieles recordándoles la doctrina católica de que "cuando un hombre, por razones graves y bien pensadas, no es convencido por los argumentos de esta encíclica, tiene **derecho** a tener otra opinión distinta de la presentada por un documento que **no** es infalible. Y, por si esto fuera poco, ponen en guardia a todo el mundo, estos obispos norteaños, contra la tentación de llamar, a estos creyentes que disienten, malos católicos por el hecho de no estar conformes con las directrices concretas de un Papa; y añaden "que nadie sea tratado de mal católico por el hecho de este disenso".

Menos mal que, ante lo que nos pasa en España, tenemos otras palabras de la Iglesia universal, y la contraposición de otros pastores y teólogos más abiertos que estos nuestros. Son también católicos que predicán una doctrina menos intolerante y más en consonancia con la libertad de la conciencia, que ha sido constante doctrina oficial de la Iglesia; católicos que ayudan a presentar una imagen de la Iglesia menos cerrada de lo que algunas veces es en determinados contextos sociales como el nuestro. ■